

GUILLERMO PÉREZ VILLALTA, UN PINTOR CLÁSICO

Lola Medina

Guillermo es pequeño, tímido. A veces, un duende huidizo. Otras, un rabino al que el levante ha robado su bonete. Siempre, un niño tierno.

Utiliza la pintura como instrumento, no como fin. Habla de virtud y de héroes pero no es la suya una moral tradicional. Entronca con las raíces del mediterráneo desde la filosofía griega hasta Egipto, fuente de la forma pura.

Guillermo provoca dentro de su clasicismo, retomando el guante de la alta escuela española. Liberado en su última obra de la constricción de las formas, su naturaleza creadora entra en la expansión de la madurez. Su pintura es una bomba de relojería que podría estallar en los elegantes salones donde cuelga si sus dueños desentrañasen su jeroglífico. Nada está hecho al azar. Todo responde a un lenguaje, a las claves de un constructor de pensamientos, de colores y formas. El elemento "fuego" ha sustituido al agua en sus últimos trabajos. Del inconsciente sumergido a la acción pura.

El no es sólo un artista cuando pinta sino cuando vive y sobre todo cuando conversa. Y el fondo de ese

vivir, siempre está el sur, Tarifa, el Estrecho, el otro continente casi acariciado y necesita ese paisaje cada año para seguir creando, para olvidar las trampas mercantilistas del arte actual, los oscuros intereses, el destierro forzoso a la metrópolis como diezmo obligado a la fama. Es un

pintor duro y difícil porque nos hace un terrorismo interior, socava los cimientos de nuestra confortable cotidianidad. Cada año, cuando tras el verano nos enseña sus obras con sonrisa tímida, nos embarga una emoción especial, al ser testigos primeros de la historia del arte.

